

Val de Serchio á nuestro general y lo más fuerte del ejército. Esto ocurrió hacia el 6 de Noviembre. El general partió después de haber provisto á la defensa de Vico y de Librafatta, y de terminar el atrincheramiento de la Berrucola.

Por entonces, el Papa y nosotros procurábamos entorpecer las negociaciones de los venecianos con el rey de Francia, importándonos mucho que no se aviniera con Venecia el Rey antes de que le entregáramos Pisa, con objeto de que nos las restituyera después. El Rey apremiaba para que tomáramos este partido. Por estar comprometidos en los asuntos del duque de Milán, á causa de que unos odiaban á los franceses y otros deseaban la alianza con el citado Duque, decidimos tan mal en este negocio, que los venecianos tuvieron tiempo para ajustar el tratado con el rey de Francia, haciendo comprender al Duque que el único camino de salvación era reconciliarnos con Venecia. Adoptó este partido, aconsejándonos, ó más bien, forzándonos á pactar la paz con los venecianos, lo que no impidió que continuara expuesto al mismo peligro.

Temieron algo los florentinos entonces por la parte de Arezzo, á causa de descubrirse que uno estaba en negociaciones con el enemigo, por lo cual fué ahorcado. En vista de ello, cuando el general llegó al Casentino, fueron enviados hacia la parte de Arezzo el conde Ranuccio y Fracassa, al frente de las tropas del duque de Milán. Esta determinación impidió al enemigo invadir el Valdarno como tenía proyectado.

Al venir las tropas del duque de Milán de la Romaña á Toscana, á las órdenes de Fracassa y Carazolo, éste quedó enfermo en Forlì en el palacio de la Condesa

permaneciendo allí para su seguridad algunos soldados, y Fracassa vino á Arezzo.

Una de las causas más poderosas, ó mejor dicho, la principal y única de precipitar al Papa á aliarse con Francia, fué obtener esposa y Estados para el duque Valentino, que no encontraba en Italia quien satisficiera su grande ambición, ni tampoco quien lo pretendiera, como lo demostró, entre otros, el rey Federico, que le negó la mano de su hija Carlota, persuadido de que no podía satisfacer las aspiraciones de dicho Duque con la mitad de su reino. Por ello, desesperando de todos los demás, se dirigió á nosotros, y las circunstancias le favorecieron, porque encontró un rey que, con tal de divociarse de su antigua esposa, le prometía y daba más que ningún otro príncipe.

Necesitando aliados en Italia, proyectó que lo fuéramos nosotros por necesidad, y para ello indujo á Francia á que privara á los venecianos de Pisa y la pusiera en sus manos, mientras nosotros, por el contrario, deseábamos que quedara en las del Rey. En esta confusión de ideas y diversidad de aspiraciones, ocasionadas por ser unos florentinos partidarios de los franceses y otros no, se creyó encontrar el medio de recobrar á Pisa, proponiendo que quedara en poder del Colegio de Cardenales, y negociando al mismo tiempo con el duque de Ferrara para confiarle el depósito.

El verdadero objeto de estas gestiones era continuar aliados con el duque de Milán, sin advertir que caminaba á su ruina, y por ello, ni sobre este asunto, ni sobre ningún otro, convinimos nada con Francia, dando ocasión á los venecianos para hacer cuanto querían y para acusarnos de inteligencias con el duque de Milán;

las cuales tenían por fundamento, no sólo los motivos referidos, sino el odio que inspiraban los franceses por su pasada conducta. Además, con el duque de Milán manteníamos las campañas de Pisa y del Casentino y, ayudándonos él con tropas y dinero, temíamos el peligro y nos avergonzaba la ingratitud de abandonarle. Así empeoraban poco á poco nuestros asuntos.

La sentencia de la disolución del matrimonio del Rey de Francia fué dictada el 20 de Octubre de 1498.

Al llegar el duque Valentino á la corte de Francia, que fué el 18 de Octubre, entregó el capelo al cardenal de Ruan.

Por entonces fué enviado á Milán, por las gestiones de los partidarios de nuestra alianza con el duque Sforza, el cardenal de Volterra, y además á causa de la importancia de las negociaciones con el duque de Ferrara que se practicaban en Milán.

El Papa excitaba de continuo al rey de Francia á que se aliase con los venecianos, y estas excitaciones, unidas á las otras causas, le decidieron á hacerlo.

El miedo que esta alianza inspiraba al duque de Milán, y la vana esperanza de apartarles de las negociaciones con Francia, indujeron á Sforza á obligarnos á la paz con los venecianos, de quienes esperó más de lo conveniente. Empezadas las gestiones, quedó ajustada la paz inmediatamente, y los venecianos, privando al Rey de Francia de la realización del deseo de tener Pisa en su poder, aumentaron su reputación de hábiles, pues dejaron Pisa de un modo honroso, obteniendo un crédito contra la ciudad de ciento ochenta mil ducados. Tales beneficios los consiguieron después de haber sido derrotados en el Casentino, y varias veces en distintas oca-

siones, en Stia, Monte Mignaio, Montalone y Maronaio, perdiendo más de tres mil caballos; no quedóles de sus conquistas más que Bibbiena, que no hubieran podido conservar; de portarse mejor nuestros soldados y querer terminar la guerra.

Así las cosas, llegó el Conde de Pitigliano á Castel d'Elci, no atreviéndose á pasar de allí. Tan bloqueados estaban los enemigos, que necesitaban enviar soldados de infantería con cincuenta libras de harina acuestas para aprovisionar Vernia y Bibbiena, y un día en Cava de Vellano fué batido un cuerpo numeroso de esta infantería, cogiéndoles un convoy considerable de harina y de dinero enviado al ejército.

Pablo Vitelli permaneció bastantes dias en Poppi, y después de arrojar al enemigo de aquella comarca, fué á San Stefano, en la Pieve, para tener en jaque á los que se encontraban por aquella parte, y hacer frente al enemigo que viniera. Aquella guerra en el rigor del invierno y en lo alto de las montañas, fué ruda y difícil, y ciertamente, de haber tenido alguna más paciencia, no precipitándose tanto el duque de Milán, y reuniendo los florentinos algún más dinero, hubiese terminado honrosamente, quedando al fin Pisa depositada en manos del Rey, porque los venecianos, además de estar agobiados por esta lucha, tenían al turco en Lepanto con numerosa escuadra, y necesitaban prepararse para la guerra de Milán, á la cual no podían atender mientras ésta durase.

Entre otros motivos que nos impidieron depositar la ciudad de Pisa en manos del rey de Francia (1499) y continuar las negociaciones con el duque de Ferrara, era uno que el duque de Milán no quería la tuviéramos

por esta vía, juzgando que en tal caso seríamos amigos de los franceses, y él quedaría sólo y sin nuestra ayuda frente á los venecianos.

En esta guerra del Casentino quedaron prisioneros muchos nobles, entre ellos Juan Conrado, sobrino de Alviano.

El cardenal de San Pedro *in Vincula* favoreció mucho las negociaciones entre los venecianos, el rey de Francia, el Papa, Trivulzio, el Sr. Constanzo y muchísimos otros italianos que se encontraban en Venecia, juzgando muy útil la amistad de aquella Señoría y prometiéndose de ella grandes ventajas.

La paz entre el rey de Francia y los venecianos quedó firmada el 9 de Febrero en Angers. Las cláusulas secretas no se supieron nunca sino por lo que los efectos demostraron.

El 14 de Febrero salió el duque de Urbino de Bibbiena con salvoconducto de Vitelli, previo consentimiento del Comisario, que era Pedro Juan de Ricasoli. Dijo entonces con bastante crédito que esta salida la ordenó ó consintió el duque de Milán.

Fuimos grandemente imprevisores en estas circunstancias, no haciéndose caso en Florencia de los sucesos, ni tomando, por tanto, ninguna medida de precaución.

Después que fueron á Venecia los embajadores, que eran Pablo Antonio Soderini y Juan Bautista Ridolfi (debe comprobarse la fecha de su partida y las instrucciones que llevaban), no cesaron las caricias ó las amenazas del duque de Milán para que se hiciera el tratado, y después, para satisfacer á la Señoría de Venecia, no se cuidó de que nuestros derechos quedaran perjudica-

dos, y el duque de Ferrara extremó las complacencias para agradar á unos y á otros.

Las condiciones que Venecia propuso y apoyó con insistencia en favor de los pisanos, eran cuatro: que la administración de justicia, al menos la criminal, no estuviera en nuestras manos; que los fuertes quedaran en poder de los pisanos; que pagáramos todos los gastos hechos por ellos en la guerra, y que los derechos de entrada en Pisa, es decir, las gabelas y demás arbitrios, fueran para los pisanos; teniendo al principio la misma exigencia respecto á Liorna; pero al fin aceptaron las condiciones estipuladas en el juicio arbitral que hubo.

El 3 de Marzo fué firmado el compromiso, y el 6 de Abril dictada la sentencia arbitral. Los venecianos, es decir, la multitud de los ciudadanos, clamaron contra la sentencia, que suponían contraria á sus intereses, porque deseaban que Pisa y su territorio quedaran libres y que Venecia, con cualquier nombre, pudiera mantener allí tropas. Pero los menos consiguieron lo que deseaban.

Convendrá referir aquí el apasionamiento con que unos ciudadanos defendían á los Vitelli y otros á los Marcioni.

Por lo gravoso de los gastos y por el temor á Francia, entró el duque de Milán en la alianza, y accedimos nosotros por creer que el rey de Francia no insistía en pedir se le entregara en depósito Pisa, pues en el acuerdo hecho en Venecia nada se dijo de esta condición; porque además teníamos que abonar todos los gastos y por desanimación, á causa de los sucesos ocurridos, sin esperanza de que, aislados y desunidos, pudiéramos hacer otra cosa; máxime no esperando del rey de Francia

más que una suspensión de hostilidades con los venecianos, y aun esto era dudoso.

Los turcos, mientras tanto, hacían grandes armamentos, y Venecia, alarmada, también los hizo, nombrando general de su escuadra á Antonio Grimano, quien no desempeñó mal el cargo.

Publicado y ratificado el arbitraje, el duque de Milán envió á Visconti á Pisa para aconsejar é inducir á los pisanos á que aceptaran el laudo. Lo mismo hizo el duque de Ferrara, y ordenó á un tal Héctor Bellingerio venir á Florencia, procurando ambos recibir de los florentinos comisión é instrucciones para lo que debían hacer en Pisa. No fué permitido ir al de Ferrara. Esta declaración se hizo el 7 de Abril, un día después de la fecha del laudo, y se fundó en que, por medio de su enviado, el duque de Ferrara dió á entender que había hecho en Venecia algunas adiciones y aclaraciones al laudo que desagradaron grandemente en Florencia. La copia está coleccionada en la fecha correspondiente. Si la multitud se quejó al principio del fallo arbitral, mucho más clamó después contra él, á pesar de que las adiciones se hicieron para satisfacer á los venecianos favorables al acuerdo, quienes se quejaban sin razón, porque aquéllas no tenían importancia alguna.

Hiciéronse entonces algunas gestiones para apartar al Papa de la alianza francesa, y éste, disimulando, prestábase á negociar con todos, hasta que al fin se pactó la liga entre Milán, Nápoles, la Iglesia y nosotros. El tratado está coleccionado en la fecha correspondiente.

No fué Visconti á Pisa, por impedirlo los florentinos diciéndole que era mejor fuera desde otra parte; pues, yendo de Florencia, él mismo se privaba de autoridad, y

además, por su elevada categoría, daba importancia á los pisanos y ocasión para vender más cara su ciudad al Papa y á los Orsini, á quienes ya habían pedido que les tomaran bajo su protección.

Cuando las tropas enemigas partieron de Pisa, el comisario de Pontedera hizo saber á los Pisanos que en el término de seis días, respondieran si aceptaban el laudo arbitral y estaban dispuestos á observarlo; pues, de lo contrario, se procedería contra ellos.

Visconti estaba en Luca, y los pisanos le enviaron embajadores, ofreciéndole la ciudad para el duque de Milán, al que deseaban enviar también comisionados para quejarse de la pérdida de algunas naves que habían sido quemadas en la embocadura del Arno, y pedirle que hiciera prorrogar el plazo de los seis días.

El 4 de Mayo de 1499 el duque Valentino tomó por esposa á la hija del duque de Albret, y dió la dote á éste, porque se obligó á emplear cien mil florines en la compra de algún gran dominio en Francia y á conseguir que nombraran cardenal al hermano de su suegro, aunque esto era muy difícil, porque el duque Valentino decía no tener facultad para prometerlo, siendo al fin preciso que el Rey diera á los de Albret promesa de que el Papa lo haría.

Por entonces, es decir, hacia las calendas de Mayo, decididos los pisanos á sublevarse, enviaron comisionados á Siena y á los demás puntos de donde podían esperar auxilio, reconstruyendo y preparando las fortificaciones de la ciudad para defenderla.

Debe recordarse que también en esta época, es decir, hacia fines de Abril, fueron destruidos los muros de Bibbiena en castigo de la rebelión de sus habitantes.

En Venecia quebraron las casas de Lippomani y Garzoni, y la de Pisani estuvo á punto de quebrar.

En Mayo de este año se hizo nueva reforma en los cargos públicos, reducida á algunos reglamentos, especialmente para el Consejo de los Diez.

Cuando salieron las tropas de Bibbiena, el duque de Milán censuraba á los venecianos el tener sus tropas en pie de guerra, alimentando las esperanzas de los rebeldes, y los venecianos al Duque de que retrasaba el arreglo de las cosas de Pisa. De esta suerte, nuestra inconstancia y perpetuo descontento añadía disgustos á las calamidades de aquella época.

Por entonces cesaron de nombrar el Consejo de los Diez en Florencia, ordenándose que en lo porvenir no se restablecería si no lo determinaba el Consejo de los Ochenta por tres cuartas partes de votos.

Así las cosas, perseveraban los pisanos en su obstinación, sin ocultar sus intenciones; pero presumiéndose en Florencia que los socorros esperados por aquéllos llegarían tarde, ordenóse á los Vitelli que montaran á caballo é invadieran el territorio de Pisa. Después del convenio de Venecia, los Vitelli se habían retirado de San Stefano de la Pieve á sus casas. Ordenóse también á todos los demás hombres de armas que se prepararan para el ataque de Cascina, que se realizó en el mes de Junio inmediato.

Entretanto, se activaban los proyectos de los franceses contra el ducado de Milán. Habían salido con dirección á Astí cuatrocientas diez lanzas francesas, y Trivulzio, á nombre del Rey, rompió la tregua con los genoveses hecha á su instancia. El rey de Francia se preparaba para venir á Lyon, no cabiendo ya duda de la

empresa proyectada, aunque los venecianos procuraban disimularla con todos los medios posibles.

El duque de Milán, comprendiendo el peligro que le amenazaba, nos excitaba con apremio á uniros á él y obligarnos en su defensa y, para conseguirlo, no sólo agradecía le pidiéramos apoyo en los asuntos de Pisa, sino lo ofrecía con la más amplia generosidad y se entrometía á buscar medios de reconciliación entre nosotros y los pisanos, y, en último caso, á resolver la cuestión por medio de las armas.

Por nuestra parte, en nuestra situación, era imposible aliarnos con él, porque veíasele ya próximo á su ruina, y en Florencia estaba tan dividida la opinión pública, que era imposible tomar una determinación cualquiera. Tampoco convenía exasperarle con una negativa, porque también en ello había el peligro de que, desesperado, entorpeciera el negocio de Pisa, negocio fácil de turbar y dificultar con mucho menos ingenio y fuerzas de las que el Duque tenía. Insistía, pues, impaciente por nuestras dilaciones, recordándonos los pasados servicios y amenazándonos para lo porvenir, cosas ambas que producían gran turbación en Florencia, avergonzando á muchos la ingratitud, y temiéndole no pocos. Lo que él pedía eran trescientos hombres de armas y dos mil soldados de infantería. La dificultad era grande para contemporizar con Sforza y con Francia, de donde también se nos incitaba á que nos declaráramos contra el Duque, pidiéndonos además hombres de armas y tres mil infantes. Respondíamos nosotros á ambas partes que la empresa de Pisa nos impedía tomar partido por cualquiera de ellas, y prometíamos á las dos que, tomada esta ciudad, contarán con nosotros.